

# Entre el insulto y la controversia (1881-1883). *Perfiles venezolanos de Felipe Tejera*<sup>1</sup>

MIRLA ALCIBÍADES<sup>2</sup>

INVESTIGADORA JUBILADA DEL  
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS RÓMULO GALLEGOS  
mirlaalcibiades@gmail.com

## RESUMEN

En 1882 se generó en Venezuela una intensa polémica que se extendió hasta el año siguiente. El origen del intercambio de pareceres fue la publicación del libro de Felipe Tejera titulado *Perfiles venezolanos*. Salido con pie de imprenta en 1881, no puede entenderse por qué razón surgió la controversia al año siguiente, siendo que en Venezuela cada nuevo volumen, sobre todo los referidos a literatura, generaba inmediatas reseñas y comentarios en la prensa periódica. Ante esa situación poco acostumbrada, se busca encontrar una explicación a este hecho. Acto seguido, se sigue la cronología de los escritos que fueron apareciendo tanto en Venezuela como en otros lugares del continente americano ya para apoyar, ya para atacar los *Perfiles*. . . Debido a los numerosos actores que intervinieron, sólo se priorizan los argumentos cruzados entre Juan Antonio Pérez Bonalde y Felipe Tejera. Se justifica la selección por cuanto ambas posiciones representan los argumentos centrales que estaban activados en esos años en torno a la literatura venezolana, a la crítica literaria y a la autonomía o no de la cultura venezolana en relación con España.

PALABRAS CLAVES: *Perfiles venezolanos*, Felipe Tejera, Juan Antonio Pérez Bonalde, Literatura venezolana, Polémica 1881-1883.

## Between insult and controversy (1881-1883). Venezuelan profiles of Felipe Tejera

## ABSTRACT

In 1882 an intense controversy was generated in Venezuela that lasted until the following year. The origin of the exchange of views was the publication of the book by Felipe Tejera entitled Venezuelan Profiles. Released with imprint in 1881, it cannot be understood why the controversy arose the following year, since in Venezuela each new volume, especially those referring to literature, generated immediate reviews and comments in the periodical press. Given this unusual situation, we seek to find an explanation for this fact. Immediately afterwards, the chronology of the writings that appeared both in Venezuela and in other places in the American continent is followed, either to support or to attack the Profiles... Due to the numerous actors

---

Este artículo fue terminado en abril de 2023, entregado para su evaluación en el mismo mes y aprobado para su publicación en mayo del mismo año.

that intervened, only the arguments between Juan Antonio and Juan Antonio are prioritized. Perez Bonalde and Felipe Tejera. The selection is justified because both positions represent the central arguments that were activated in those years around Venezuelan literature, literary criticism and the autonomy or not of Venezuelan culture in relation to Spain.

KEYWORDS: Venezuelan profiles, Felipe Tejera, Juan Antonio Pérez Bonalde, Venezuelan Literature, Controversy 1881-1883.

## 1.- INTRODUCCIÓN

Generalmente cuando se abordan las polémicas culturales generadas en el pasado venezolano, se tiende a limitar el análisis a una glosa de las diversas voces que intervinieron en el debate con escasa –muchas veces nula– contextualización de esos puntos de vista. Al proceder de esta manera, el lector actual no tiene manera de apreciar cuáles eran las perspectivas teóricas que subyacían en cada una de las opiniones expresadas y cuáles eran las ideas que primaban y que, desde luego, determinaban los enfoques que se planteaban.

En el caso de la polémica que abordo en estas páginas, debo decir que todavía no se han destacado los diversos puntos de vista que intervinieron en esa oportunidad. Al respecto importa precisar que no voy a adelantar en este instante cuántas personas tuvieron protagonismo en los hechos suscitados ese par de años que destaco. Pero sí puedo comenzar por sostener que los intelectuales dedicados con mayor atención a este asunto (Julio Planchart, Fernando Paz Castillo y Pedro Díaz Seijas) no advirtieron que el número de actores en aquellos meses marcados por el cruce de opiniones fue mayor del que registraron.

La significación que tiene este cruce de puntos de vista que me ocupa, deriva de un par de circunstancias cruciales. En primer lugar, no vacilo al señalar que nos encontramos situados en un punto que puede definirse como cargado de intensidad y, como resulta connatural a polémicas de esta naturaleza, a subjetividad en grado sumo. En segundo lugar, estamos situados en un momento de nuestra historia cultural que resulta definidor. Vale decir, esos textos que se generaron los años que indico en el título de estas páginas demanda un abordaje que supere la mera glosa de texto que he señalado líneas arriba. Me inclino a privilegiar esa metodología por cuanto esos enunciados demandan una revisión donde debe primar la perspectiva histórico-cultural en aras de desentrañar cuáles fueron las razones que a aquellas protagonistas a exponer lo que juzgaron más legítimo.

En el campo literario-cultural esta polémica que está anclada en el bienio 1881-1883, puede relacionarse con otro debate que se produjo en la década anterior, la de los años 70, sobre todo entre *La Revista*, *La Tertulia* y el *Álbum del Hogar*. En esta oportunidad los hechos se manifestaron en el lapso que va de 1872 a 1875. Durante ese período se dirimieron problemas centrales cuales fueron cómo definir la producción literaria venezolana, cuáles eran los temas propios de las letras nacionales y, por añadidura, la tradición literaria que nos correspondía. El punto de partida de todas las discusiones referidas al campo literario comenzaba por definir la existencia o no de una literatura nacional. Por ejemplo, en el vaivén de alegatos que se plantearon en la década de los setentas no faltó este aspecto. En ese sentido, se manifestaba uno de los protagonistas del momento de esta manera: ¿Y si podemos ostentar un repertorio de obras sobre casi todos los conocimientos humanos; si nuestros hombres de letras obtienen tantos aplausos, tantas distinciones y honores, no tendremos derecho á vanagloriarnos de poseer una literatura propia?"<sup>3</sup>. Esta declaración entusiasta enfrentaba el criterio del director de *La Tertulia*, quien negaba la existencia de una literatura venezolana<sup>4</sup>. Pues bien, puede comprobarse que esos temas siguen actuales en los diez años marcados por los 80, pues en esa década se replantean las mismas preocupaciones. Y viene a suceder que, ahora, hay que explorar cómo se enfrentaron aquellas vacilaciones y aquellos desencuentros.

## 2. PERFILES VENEZOLANOS (1881-1882)

En abril de 1882 Felipe Tejera llevaba una vida que podríamos calificar de productiva en el campo intelectual, es una apreciación legítima si tomamos como parámetros su ininterrumpido trato con la literatura y con la historia. Su constante publicación de libros y manuales dedicados a los estudiantes<sup>5</sup>, sus frecuentes colaboraciones en la prensa periódica tanto de poemas, de relatos, de artículos de costumbres, de una novela<sup>6</sup> y de piezas dramáticas, lo habían apuntalado como figura conocida en el escenario nacional. Todo fluía con la normalidad acostumbrada hasta que llegó el mes que indico. De acuerdo con el desarrollo de los acontecimientos, no resulta atrevido imaginar que el referido autor habrá lamentado profundamente la decisión que tomó de dar una muestra de su talento como escritor y crítico literario. Vino a suceder que esa data que indico está señalada en su vida con la puesta en circulación de un volumen de 478 pgs. que el autor de marras tituló *Perfiles venezolanos*. Pero, antes de presentar los hechos que

conturbaron la tranquilidad del referido autor, importa adentrarnos en las intimidades editoriales del volumen que dio pie a una de las polémicas más sonadas del siglo XIX venezolano.

Lo primero que me parece importante recordar es que esos *Perfiles...* fue un libro meditado durante algunos años. Al menos desde 1879 su autor lo tenía en mente, pues fue en esa fecha cuando solicitó el privilegio para su publicación<sup>7</sup>. En el Distrito Federal fungía de gobernador el Gral. Julio F. Sarría, a esta autoridad correspondió aprobar la propiedad intelectual de la obra presentada como "Perfiles venezolanos ó Galería de hombres célebres de Venezuela en las letras, ciencias y artes". El hecho de que ese título fue el que definitivamente tuvo el libro una vez impreso, deja ver que Tejera solicitó la aprobación legal cuando tenía madurado el volumen, vale decir, cuando llevaba tiempo preparándolo y tenía certeza de lo que quería ofrecer al público. Esta observación es pertinente si tomamos en cuenta que no siempre el título aprobado era el que, finalmente, llegaba a los lectores. Por ejemplo, Manuel Antonio Carreño obtuvo un primer privilegio para su célebre *Manual de urbanidad*, pero no con el título que se nos ha hecho tan familiar: es sabido que el primer permiso otorgado fue en 1850 y se refirió a un "Tratado de urbanidad, para uso de los colegios y escuelas de ambos sexos". Finalmente tuvo que solicitar otro en 1853 para la versión que conocemos *Manual de urbanidad y buenas maneras para uso de las escuelas de ambos sexos*<sup>8</sup>.

El hecho de que Tejera no variara el título inicial deja ver lo que he apuntado: venía trabajando en una idea madurada, razón por la cual no necesitó alterar la denominación original. El volumen entró a imprenta en junio de 1881, podemos dar este dato por cierto cuando leemos la dedicatoria del libro, más que iluminadora al respecto:

SEÑOR DON SEBASTIAN J. BARRIS

Habéis protegido generosamente la publicación de los *Perfiles Venezolanos*; permitidme, pues, que os dedique esta obra en testimonio sincero de mi amistad agradecida.

Caracas, Junio de 1881.

Felipe Tejera

De forma que, en junio, o en mes próximo, comenzó el trabajo en los talleres de la Imprenta Sanz. Muy seguramente dieron por sentado que el volumen estaría concluido ese mismo año, por eso al colocar los datos editoriales en la portadilla asentaron el de 1881<sup>9</sup>. Sin embargo, hay razones

para sostener que la tirada concluyó en 1882. Da base firme a esta suposición la información que nos legó Gonzalo Picón Febres en su conocida *La literatura venezolana en el siglo XIX*. En determinado momento consignó lo que transcribo:

en su composición no gastó el señor Tejera largos meses de trabajo, sino que la escribió de prisa y fue mandando las cuartillas a la imprenta a proporción que brotaban de su pluma, urgiéndole muchas veces los cajistas impacientes por el envío de los originales (p. 88).

Este testimonio muy seguramente se mantenía en el recuerdo de los que conocían el medio intelectual de entonces. De ser así, de haber mandado las cuartillas de a poco, se explica el tiempo transcurrido entre el comienzo y el cierre del trabajo de impresión. Y, desde luego, allana las dudas que surgen al fijar una data de impresión en 1881 y haber iniciado las ventas el segundo trimestre de 1882, a juzgar por el aviso salido en varios periódicos caraqueños. Por ejemplo, parte de la publicidad en las columnas del periódico caraqueño fundado por Fausto Teodoro de Aldrey del 3 de abril de este último año invitaba a adquirir:

Un vol. en 8° media pasta con más de  
500 páginas é ilustrado con  
numerosos retratos  
(...)  
10 bolívares el ejemplar<sup>10</sup>.

No me he detenido en estas precisiones, en busca de determinar el momento en el cual comenzó a circular la propuesta de Felipe Tejera, por simple capricho. He practicado ese recorrido porque estoy persuadida de que, al no hacerlo, careceríamos de anclaje para explicar por qué un libro que se publicó en 1881 sólo comenzó a ser publicitado en abril del año siguiente. Esta incongruencia entre la impresión y las primeras señales receptivas podrían llevar a pensar que, en un primer momento, hubo desinterés ante la aparición de los *Perfiles*... Por el contrario, si aceptamos la hipótesis que planteo, o sea, que se comenzó a imprimir en 1881 y que la tirada completa salió de los talleres en el primer tercio del año siguiente, se entiende por qué circuló desde abril.

Digo más, ese lapso de casi cuatro meses entre diciembre y abril, permite entender por qué no tuvo reseñas el mismo año que se indica en

los datos editoriales. Esa separación entre una y otra fecha podría llevar a pensar que hubo desinterés manifiesto en un primer momento. En verdad, esa supuesta indiferencia sería una reacción inusual, que no manifestaría consonancia con una conducta, constante en el siglo XIX venezolano, y la cual consistió en una permanente atención por cada obra que salía a la venta. Era una mirada atenta que solía manifestarse en la publicación de notas, de reseñas o de comentarios en la prensa periódica, a propósito del nuevo título.

No ocurrió de manera distinta con el libro de Tejera, pues tan solo a los cinco días de haberse leído la publicidad de *Perfiles venezolanos*, el mismo diario donde se leyó el aviso sobre el nuevo impreso recogió la primera lectura crítica que se ofreció en la prensa nacional. Vino firmado muy lacónicamente por Z. En realidad, no he podido determinar la identidad del autor, pero se puede inferir que salió de mano amiga, pues desde el comienzo se prodigaron elogios que podría calificar de exceso de entusiasmo:

Circula ya, comentada y aplaudida por los amantes de la literatura patria, la interesantísima obra del eminente escritor venezolano señor *Felipe Tejera*. No recordamos un éxito más merecido que el de los *Perfiles Venezolanos*, debido acaso á la magnitud del asunto, á su magistral desempeño y al fin patriótico que ha guiado al autor en empresa tan árdua y laboriosa<sup>11</sup>.

He utilizado la expresión de 'exceso de entusiasmo' porque el año anterior se había puesto a circular *Venezuela heroica*, obra que, de inmediato, alcanzó inocultable éxito. También eran merecidos los elogios que recibió Eduardo Blanco. En todo caso, insisto en el tono amigable del escrito firmado por Z, razón por la cual no brindan esos párrafos los argumentos que requerimos para apreciar de qué manera se ejercía el trabajo crítico en esos tiempos.

Después del escrito de Z, puede leerse en la sección "Asuntos diversos" que firmaba Don Simón (seudónimo del marabino Manuel María Fernández) en *Diario de Avisos*, otra apreciación en esta línea que atrapa mi atención actual. En realidad, aquí sigue cultivándose el mismo enfoque que vimos anteriormente, pues lo guía el afecto. De hecho, en todo momento insiste Don Simón en que no hay objetividad en él, por cuanto lo limita el cariño y la deuda de gratitud por favores personales que ha recibido de Tejera. Debido a esos vínculos amistosos, apunta que: "Cualquier juicio que de los *Perfiles* estampase en las columnas del *Diario de Avisos*, sería, por las razones espuestas, tachado de parcial"<sup>12</sup>.

Si vamos a creer que la recepción de los *Perfiles venezolanos* transcurrió en ese clima de armonía, muy pronto tendremos que cambiar de opinión. El siguiente comentario que conozco, salió de un intelectual que ya había consolidado una reputación favorable a su trabajo. Me refiero a Julio Calcaño. Miembro de una de las familias de letrados más prestigiadas del momento, había fundado en 1877 una revista literaria que llamó *El Semanario*. Se mantuvo dos años, desapareció y volvió a la escena en 1882, en el mes de junio. No pudo escoger Calcaño mejor material para la primera entrega en esta reaparición de su *Semanario* que una dura crítica al libro de Tejera. Sabemos cuánto atrae la mirada lectora cuando hay acidez, dureza y, a ratos, desprestigio al oponente. El hecho cierto es que toda la argumentación de la que echó mano Régulo (que así veló su nombre Calcaño), puede resumirse en dos puntos: Tejera no tiene método en la escogencia de los autores que toma en cuenta por cuanto incluye a unos y deja afuera otros<sup>13</sup>; bien mirado, sabemos que toda selección recibe idéntico reparo. El segundo punto que quiero tomar en cuenta me parece el más relevante: cuál es la concepción crítica que aplica el redactor del *El Semanario*. Y como puede fácilmente apreciarse al aplicar una simple comparación, el que pocos años más tarde sería secretario perpetuo de la Academia Venezolana de la Lengua procedió en este sentido como se venía haciendo desde 1830.

Tomó ese año porque, precisamente, esa data está marcada por un ejercicio que es claro antecedente del que vengo tratando. Me refiero a una comunicación epistolar que José Luis Ramos dirigió al joven poeta José Hermenegildo García (1806-1851), cuando este joven de 24 años requirió del maestro su opinión sobre dos poemas que había escrito. Esas piezas eran las odas "A la Imaginación" y "El sacrificio de Ricaurte". De tal suerte, Ramos asume la postura del intelectual avezado que, poco a poco, va ofreciendo sus opiniones de lector sobre cada uno de los versos y cada estrofa del conjunto. Quiere guiar al discípulo que requiere de sus orientaciones, busca optimizar los logros del novel escritor. Para destacar el punto que me interesa en este instante, muestro el primer comentario que hace Ramos, en la idea de mostrar ese propósito orientador. Tomemos en cuenta: se trata de una comunicación entre dos, no es la idea publicar el escrito. Dice así la opinión sobre la primera estrofa de la oda "A la imaginación", que concibió José Hermenegildo García:

Los consonantes en puros verbos como "agítase, celébrase", y aun mucho más los de adjetivos como "sonorosa, cariñosa", deben evitarse con sumo cuidado en toda composición. Además, *cariñosa* es

un adjetivo de puro ripio para consonar con *sonorosa*, y no añade ninguna idea nueva o agradable al sujeto de la frase. Esos cuatro primeros versos deben pues ser reemplazados por otros que expresen lo mismo, pero más noble y poéticamente. En lugar de *glorias* o de *glorioso*, póngase alguna otra palabra, porque están muy cercanos, y esta repetición es una verdadera tautología<sup>14</sup>.

Y, en esa tónica, va desarrollando todo el escrito: en él lleva de la mano al poeta novel, es su propósito optimizar la propuesta estética del joven. Es decir, es un escrito caracterizado por lo didáctico, es compromiso de maestro a discípulo. El asunto es que muchos entendieron que ese era modelo ideal para ejercer la crítica y es lo que hace Calcaño. De ahí deriva una larga enumeración de las consideradas "impropiedades" de escritura tanto en la primera como en la segunda parte de su crítica y, al hacerlo, toma como modelo la autoridad en las voces clásicas de Horacio, Virgilio, pero también de Lope de Vega, fray Luis de León, Olmedo, etc. Desde esa óptica, también aplica la semántica, censura los galicismos, anula todo intento de metaforización en comentarios que, la verdad, en el presente pueden resultar inaceptables. Aludo a momentos como éste:

De Felipe Larrazábal dice el señor Tejera que *ejecutaba el piano* con notable maestría. Este vocablo *ejecutar* viene del latín *exsequi, exsecutum*; y ni en latín, ni en castellano, ni en francés tienen la acepción de *tocar* que le da Tejera. Nosotros ejecutamos una sentencia, una determinación, una orden, una promesa, un proyecto; pero no ejecutamos un favor, un instrumento. El piano, lo tocamos; la obra musical, *ya hecha*, la ejecutamos *en* un instrumento, sea violín, piano ó lo que se quiera.

Después de recorrer las líneas citadas, nos queda claro que, en este punto que terminamos de leer, asistimos a una idea de crítica literaria concebida como cacería de defectos gramaticales, semánticos o de estilo. Es la misma práctica que leímos en J.L. Ramos, pero a éste lo exculpa el hecho de que leímos una comunicación que va de maestro a discípulo. Es de notar que, con el tiempo, se impuso el estilo de Tejera, pues en el presente no diferenciamos mayormente entre 'tocar' y 'ejecutar', por citar la parte de la censura de Calcaño que menciono líneas arriba.

Desde el instante en que se hizo pública la lectura de Calcaño todo cambió para Felipe Tejera. A partir de este momento perdió la quietud. El par de elogios que había recibido quedaron atrás para dar paso a un cúmulo

de censuras que, por lo extenso, no cabe revisar en este momento a título individual. En desagravio del autor de marras, no puedo dejar de mencionar que, de vez en cuando, surgía una que otra defensa, pero, en sentido general, las que tuvieron mayor eco fueron las que lo atacaron (muchas veces con violencia). Tan fue así, es decir, tanto alcanzaron repercusión las voces de ataque y no las que apostaron por la calidad y los aportes del volumen que, años después, cuando se hicieron estudios sobre esos hechos sólo se estableció el contrapunteo entre Tejera y el ejercicio crítico que lo atacó con mayor virulencia. Ese atacante se valió, incluso, del insulto; de ahí parte del título que utilizo para presentar estas páginas.

Porque, bien mirado, esta polémica fue la más sonada de esa década, tanto por los protagonistas que la representaron como por lo que significó como enfrentamiento de ideas estético-culturales y como por los adelantos propositivos que es posible alcanzar a partir de su examen. Por tal motivo, y para abundar en lo que termino de exponer, me voy a permitir enumerar las voces que intervinieron en este encuentro y desencuentro, en la idea de ir desbrozando la ruta a seguir en lo inmediato.

### 3. PROTAGONISTAS DE LA POLÉMICA

Tenemos un punto en claro, inmediatamente después de la aparición de *Perfiles venezolanos* en abril de 1882 (aunque, recuerdo, el pie de imprenta indica 1881) hubo dos apreciaciones elogiosas: la de Don Simón y la de Z. Acto seguido, estuvo el primer ataque sensible que sufrió la obra, esto ocurrió en junio y tuvo como protagonista a Julio Calcaño, desde *El Semanario*. Inmediatamente después el *Diario de Avisos* abre sus páginas para acoger la opinión de quien se identificaba como Pedro Tolete, este nuevo protagonista en la contienda atacó fuertemente a Calcaño y, al enjuiciar sus opiniones, aplicó el criterio gramatical de censura por galicismos, semántica, etc.; cuando le respondió, Calcaño aseguró que Pedro Tolete no era otro distinto al mismo Felipe Tejera. Pasados pocos días, la obra recibe otro duro ataque, esta vez venido de Hortensio, el crítico literario que colaboraba permanentemente para *La Opinión Nacional*; en dos entregas el español descargó su fiereza crítica contra el autor y el libro venezolanos. A inicios de julio, y también en dos entregas, Tejera se defiende y, claro está, apunta directo al corazón de aquél que enviaba sus colaboraciones a Caracas desde Madrid<sup>15</sup>. El asunto no paró ahí pues, siempre desde *La Opinión Nacional*, en el mes de julio, la Sociedad "Amigos del Saber", en la voz de José Gil

Fortoul, se declara favorable a lo expresado por Hortensio. Al día siguiente, vuelve a tomar la iniciativa nuestro desconocido Z, cuando envía al mismo diario un juicio que apoya a Tejera y que había tomado de *El Progresista*<sup>16</sup>. Cuatro días más tarde, "Paoli de Antímamo"<sup>17</sup> ve salir del diario de Fausto Teodoro de Aldrey su "Hortensio y Tejera", fuerte diatriba en contra de este último. A comienzos de agosto vuelve a intervenir *Diario de Avisos* en la polémica cuando da curso en sus páginas a un escrito del venezolano Sairí<sup>18</sup>, el documento se había publicado originalmente en la revista boliviana *El Eco de las Pampas*; este material apoyaba la propuesta de Tejera. Ese mismo mes se conoció la crítica más feroz contra Felipe Tejera y *Perfiles venezolanos*, fue la que logró mayor impacto no sólo en Venezuela sino en todo el continente, su autor fue Juan Antonio Pérez Bonalde. Seguidamente, el *Diario de Avisos* de agosto trae una larga reflexión en cuatro entregas bajo la firma de Prudencio; esta vez hay objeciones a las ideas centrales validadas por Pérez Bonalde, aunque no deja de coincidir con él en aspectos de menor relevancia; al final de la cuarta parte de su examen identifica el seudónimo con el de Marco Antonio Saluzzo<sup>19</sup>. Pero este recuento no termina aquí, pues quien revise el clásico aporte de Ángel Raúl Villasana encontrará en el volumen V que Ernesto Párraga publicó una *Ojeada a los "Perfiles venezolanos" del señor Felipe Tejera* en 1882<sup>20</sup>. Una figura que participó en esta polémica pienso que habrá sorprendido a muchos por la transcendencia continental que había logrado, hablo de Miguel Antonio Caro. El reconocido letrado había publicado en el periódico *El Conservador* de Bogotá un largo escrito que presentó como "Tejera y sus censores". Una vez que conoció lo expresado por el colombiano, Salvador N. Llamozas solicitó a Fausto Teodoro de Aldrey que reprodujera esta réplica en su periódico. Las opiniones de Caro fueron vertidas en seis partes. Cuando Pérez Bonalde las conoció reaccionó por la vía de la negación, al poner en duda la autoría señalada y objetar al director del diario caraqueño sin sombra de dudas: "Se me hace cuesta arriba creerlo. Miguel Antonio Caro escribiendo semejante castellano y haciendo tales absurdos y pueriles alegatos!"<sup>21</sup>. Pero a pesar de las dudas, el escrito sí era del autor puesto en duda, y tanto que apareció recogido en el tercer volumen de sus *Obras completas*, con el mismo título que llevó en el periódico citado. De hecho, esta réplica del colombiano no sólo se leyó desde el periódico caraqueño, pues también se reprodujo en *El Fonógrafo*, de Maracaibo en diciembre de 1882. Desde *Diario de Avisos* hubo quien sumara méritos al escrito de Caro por la manera elogiosa cómo había recibido el libro de Tejera; se trató de un elogio que veló el nombre del autor con el mote de *Tananariva*<sup>22</sup>.

Estos nombres que he mencionado no agotan el catálogo. Cuando menos tengo noticias de otros polemistas, como Pedro Arismendi Brito y Juan José Breca, de quienes no he podido ubicar sus aportes al debate. Es tarea pendiente que, desde luego, no abandono. Y, para cerrar este parágrafo, importa acotar que, como queda visto, la aparición de estos *Perfiles venezolanos* plantea un par de problemas a los que he querido dar respuesta hasta ahora. El primero de ellos tiene que ver con la fecha de impresión o, en todo caso, con el año de circulación del volumen; el segundo; con la intensa polémica que desató su aparición. Es una polémica que no sólo se limitó al territorio nacional sino que se trasladó a Bolivia, España, Colombia y Estados Unidos, donde residía para el momento Juan Antonio Pérez Bonalde. No vacilo al señalar que asistimos a una de las controversias más prolongada en el tiempo, a rato la más reñida y, por paradójica, la menos estudiada.

#### 4. PÉREZ BONALDE CONTRA TEJERA

Pero, sin lugar a dudas el contrapunteo Pérez Bonalde-Tejera es la que ha llamado mayormente la atención de los especialistas en nuestras cuestiones literarias. De hecho, los tres estudios más conocidos sobre esta polémica: el de Julio Planchart, escrito en 1941; el de Fernando Paz Castillo, recogido en volumen en 1964, el de Pedro Díaz Seijas, como prólogo a la reedición de los *Perfiles* de 1973, se detienen sobre todo en las opiniones adversas de Pérez Bonalde. Pero hay que mencionar en estos críticos venezolanos alusiones a Caro y, en el tercero, pero muy de pasada, a Calcaño. Entonces, y sin que haya dudas al respecto, la crítica a los *Perfiles*... que más destaca es la de Juan Antonio Pérez Bonalde. Una voz autorizada como la de Gonzalo Picón Febres ve la lectura del autor de *Vuelta a la patria* "como de complemento a los *Perfiles*, por lo cual debe consultarlo quien se dé a la patriótica labor de escribir la historia crítica de la literatura nacional" (p. 98).

Aunque estas páginas no pretenden comprometerse con una historia crítica de la literatura nacional, coincide con los autores mencionados porque a partir del fuego cruzado Pérez Bonalde-Tejera, podremos analizar en qué punto estaba situado el debate en lo relacionado con la literatura nacional y en qué medida ambos autores estaban o no en sintonía con la ruta que, a la postre, se consolidaría como la definidora en torno al debate que ellos estaban planteando.

En esta relación Tejera-Pérez Bonalde es oportuno recordar que ambos tenían varios puntos en común. En primer lugar, los dos habían nacido en

1846, razón por la cual pertenecían a la misma promoción de escritores, por lo que en su juventud se habían nutrido de las mismas lecturas. En segundo lugar, los unía la defensa de los principios liberales que eran de común dominio entre los jóvenes de ese tiempo. En tercer lugar, ambos reaccionaron en contra del primer gobierno de Antonio Guzmán Blanco, el conocido como el septenio: debido a su ideología política, Pérez Bonalde tiene que abandonar el país en 1870; Tejera ejerce la crítica contra el mandatario en 1877 a través de las páginas de *La Tribuna Liberal*. De manera que tenían cercanía y afinidades doctrinarias y, cabe imaginar, coincidieron en algún momento en lecturas e inclinaciones estéticas. Finalmente, debo acotar que, como señala Tejera en el perfil de Pérez Bonalde: "No conocemos a este poeta de trato, por lo cual nos es imposible dar una idea de su individualidad y dotes particulares" (p. 396).

Pero, aun sin conocerse, tenían las afinidades que señalo, pero, a su vez, hay un par de rasgos caracterizadores que los separaba. Pérez Bonalde no siguió estudios formales pues fue autodidacto, lo que no lo alejó del estudio ni le impidió el dominio de lenguas como el latín, francés, inglés, italiano, portugués y alemán. Por su lado, Tejera ejerció en la vida académica como profesor de literatura en la Universidad, en Caracas. Ese tránsito por la vida académica en uno y no en el otro fue una nota que los distinguió. Otro factor donde no tuvieron avenencia fue en la materia religiosa. Según el estudioso de la vida y obra del autor del *Poema del Niágara*, Ernest A. Johnson: "Libre-pensador lo fue Juan Antonio Pérez Bonalde. Pero no lo fue antes de mediados de abril de 1867. Hasta los 21 años conservó intacta su fe religiosa" (p. 135). En lo que tiene que ver con Felipe Tejera, de esta manera nos lo presenta Gonzalo Picón Febres: "De firme dominado por sus creencias religiosas, que son las católico-apostólico-romanas, a su imperio lo subordina todo en la universalidad de las ideas y de los sentimientos" (p. 88). Y aquí radicaron los principales desencuentros. De manera que cuando Tejera juzgó la poesía de Pérez Bonalde y concluyó que: "Poeta y ateo no se puede ser al mismo tiempo" (p. 395), y al tratar el estilo del poeta y argüir que: "adolece en ocasiones de ligeros descuidos y licencias de poco gusto" (p. 396) no pudo imaginar que esos dos rasgos definidores desatarían la furia incontrolada del autor objeto de su mirada crítica. Tengo el convencimiento de que la vida académica curte el carácter, en el aula se familiariza la mente despierta y honesta con el disenso. Pérez Bonalde, que no tuvo ese trato, no supo diferenciar entre el debate de ideas y el insulto personal.

En relación con este último punto que señalo, dígame si no es un insulto esta valoración que hace el poeta y crítico en la primera parte<sup>23</sup> de su arremetida contra Tejera:

lo que pretende ser una biografía ó semblanza, pero que no es ni siquiera un bosquejo biográfico; "nació en tal parte, tal año; hizo tales estudios; escribió tales ó cuales versos ó artículos (por lo regular malos, ó cuando ménos sin ciencia ni arte); era ó es feo ó bien parecido; de buenas ó malas cualidades; réprobo si filósofo; ángel si católico; y murió cuando se le acabó la vida; o vive si ésta aún le dura." Esto á veces acompañado de una composicion *nunca* escogida entre las mejores. He aquí sin la menor exajeracion los *Perfiles* del señor Tejera. (...)

Si á esto se llama *libro*, bien puede aplicarse el mismo nombre á un catálogo de drogas, al directorio de una ciudad populosa ó á una coleccion empastada de articulillos de periódico.

Y en la cuarta parte de su diatriba, Pérez Bonalde se dedica a examinar las consecuencias que tuvo en las pretensiones críticas de su oponente la aplicación de su acendrado catolicismo. En ese sentido se atreve a darle este consejo:

déjese entonces de trabajos profanos, y dedique su tiempo y su talento a escribir vidas de Santos; o bien, si para tanto no le alcanzaren las fuerzas, alguna buena y edificante novena en verso a San Pascual Bailón u otro bienaventurado cualquiera; que, si bien no lauros en el Apolíneo estadio, le valdrá por lo menos, en este bajo mundo, aplausos de beatas, rezos de viejas, indulgencias de su Prelado, y lo que es más: al pasar a mejor vida, gloria perdurable en el coro de los escogidos.

Y suspenso esta retahíla pues creo suficientemente demostrada la intención de vejar, de humillar, en suma, de insultar al destinatario de su encono. Pero tal parece que, en determinado momento, y toda vez que ha calmado la exaltación del ánimo, envía la carta que mencioné previamente, aquella que hace llegar a Fausto Teodoro de Aldrey en enero de 1883. Ahí justifica (pues no es otra la intención) la rudeza manifiesta en muchos momentos de su crítica a los *Perfiles*... como propia de su "carácter impetuoso y á la ruda franqueza que siempre me ha caracterizado en todos los actos de

mi vida—falta que honradamente confieso". Y, siendo así, es de imaginar la reacción biliosa que orientó las cuatro objeciones que destacó en los *Perfiles*... El primer argumento fue severo: no tenía un libro en sus manos sino un catálogo de nombres. "La obra del señor Tejera —sostuvo— es un simple trabajo de nomenclación —una coleccion de nombres conocidos, reunidos bajo un encabezamiento general". La segunda objeción se manifestó en el desacuerdo ante lo afirmado por Tejera en el sentido de que en Venezuela no había ni literatura ni teatro nacional. La tercera réplica era fiel a la tradición que veíamos desde 1830 en la lectura crítica de J.L. Ramos: la obra de Tejera revela debilidades gramaticales y filológicas y un "estilo incorrecto, hinchado, arcaico y desigual" y, por supuesto, el comentarista resuelve corregir esos errores en latosos esfuerzos de especialista. Finalmente, ve en el autor que juzga ignorancia en ciencia, filosofía y literatura.

De las tres objeciones me interesa la segunda pues es la que, pocos años más tarde, será motivo de otra famosa polémica, según se verá dentro de poco. Como punto de partida para desarrollar este aspecto, importa insistir que hubo constantes en el debate que se produjo en el siglo XIX en relación con el hecho literario. En ese sentido, se lanzaron a consideración del público varios argumentos que, en síntesis, pueden resumirse de la siguiente manera: 1. era tendencia propia del período el uso extendido del término 'literatura', de tal suerte que incluían en el concepto escritos literarios propiamente dichos, educativos, históricos, doctrinarios, etc., por eso lo más habitual era el empleo del término 'letras'<sup>24</sup>; 2. los que negaban la existencia de una literatura nacional enfrentados a los que sí la apreciaban; 3. quienes planteaban que una literatura nacional tenía existencia en virtud de los temas que abordara; 4. finalmente, aquellos que veían la literatura venezolana haciendo parte de la española y los que la entendían como una entidad independiente de la antigua metrópoli. Pues bien, ese enfrentamiento que, reitero, fue constante a lo largo del siglo XIX o, para ser más precisa, desde 1830 cuando surge el Estado nacional hasta la década de los 90 es el que está explícita y, a ratos, implícitamente, planteado en los razonamientos que Pérez Bonalde formula al enfrentar las tesis de Felipe Tejera.

Condicionado por este cruce de opiniones que termino de señalar, cuando aparece la primera historia literaria del país, me refiero a la que publicó José Antonio Pérez Coronado, *Literatura patria*, en 1864<sup>25</sup>, comenzaba con esta pregunta: "¿Tenemos nosotros literatura nacional, o pisamos servilmente en el sendero de las bellas letras, sobre extraña huella, sin ideas y sin carácter propios que satisfagan la exigencia de nuestras aspiraciones y de nuestras costumbres?" (p. 3). Y con la pregunta nos está diciendo que

había dudas sobre esa existencia. Pérez Coronado se compromete a compilar los nombres de autores, que registra con la idea de despejar dudas sobre la existencia de aquello que muchos se empeñaban en negar. Sin embargo, las dudas y las discusiones persistían. Llegamos a 1873 y encontramos a Domingo Santos Ramos sostener en la polémica que entabló con Julio Calcaño lo que sigue:

Pero que Venezuela, país incipiente, niño aun en la edad de las naciones, combatido sin cesar por el huracán furioso de las pasiones y de la guerra civil, en donde carecemos de todos aquellos elementos que tan poderosamente contribuyen a la adquisición de los conocimientos y de la sabiduría del hombre, tenga, o haya tenido una literatura propia; es cosa que nos parece difícil de sostener y de probar<sup>26</sup>.

Y ese parecer del hijo de José Luis Ramos era repetido por otros letrados del momento: no teníamos literatura. Es decir, el contrapunteo persistía entre quienes aceptaban y quienes negaban la existencia de una literatura nacional.

En 1875 José María Rojas vio salir de la imprenta su *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos*. El contenido de las 808 páginas le tomó varias décadas ordenar y concluir. Con esta compilación se propuso: "Coleccionar las obras dispersas de los escritores venezolanos, ordenarlas cuidadosamente en un cuerpo, ilustrarlas con noticias biográficas de cada uno de los escritores" (p. XVIII). Y, como queda visto, sólo reunió aquí las obras 'dispersas', las que permanecían ocultas en olvidados folios hemerográficos. El resultado que se obtiene es uno: existe literatura venezolana.

En lo que concierne a la concepción del conjunto, o sea, a la organización de la información reunida, Felipe Tejera optó por el modelo que propuso el marqués de Rojas: entrada por autor, una breve semblanza biográfica y unas muestras de esa producción estética. Pero es importante señalar que la selección de textos que ofrece Rojas es más abundante y representativa que la muestra de *Perfiles venezolanos*. Por otro lado, en lo que tiene que ver con la demostración a la que apunta don José María cual es, como quedó dicho, mostrar textos pocos conocidos los que –habrán concluido los lectores del momento–, unidos a los conocidos por obra de su impresión en volúmenes mostraban la existencia de una innegable literatura nacional, viene don Felipe Tejera a dejar esta sentencia en la "Introducción" de su propuesta:

carece nuestra literatura de fisonomía especial; y que, por el contrario, presenta distintos caracteres, diversas tendencias, estilo indefinido, formando la apariencia de una gran tela tejida con hilos multicolores que no se casan y hacen del todo una miscelánea confusa. En este sentido, nuestro tesoro literario es como un álbum de preciosos retazos, en el cual se lucen muestras de todos los telares y, donde por desgracia, no resaltan los colores nacionales (p. 33).

¿Cuándo tendremos literatura nacional?, sin duda habrá preguntado a don Felipe uno que otro interesado en el asunto cuando coincidían en las conversaciones o encuentros informales. Y este les habrá respondido lo mismo que dice en esas páginas introductorias: cuando nuestros escritores abandonen la imitación, cuando se cierren a toda influencia extranjera. En suma:

Quando nuestros poetas y prosadores dejen volar con alas propias el ingenio, escriban nuestra historia, canten nuestras glorias, reproduzcan nuestras costumbres, se familiaricen con los ideales de la patria, las letras tendrán la uniformidad de carácter que echamos hoy de menos (p. 33).

A partir de las líneas transcritas, podemos advertir que todavía Tejera sigue manteniendo la idea de 'letras' y no de 'literatura'. Por tal razón incluye, por ejemplo, a Felipe Larrazábal, más conocido en su tiempo por historiador que por poeta, novelista, cuentista o dramaturgo. Y también se deriva de esas líneas que los temas propuestos por Tejera como los propios a ser cultivados son los mismos que se venían planteando desde los inicios republicanos cuando se esperaba del discurso estético, sobre todo de la poesía, expresar valores morales (el argumento más socorrido del período); estimular los pensamientos nobles y elevados; exaltar la naturaleza tanto como el espíritu heroico de los venezolanos; alabar a Dios, a la patria, al amor así como la valoración de la imagen del poeta<sup>27</sup>. Y, una conclusión final sobre este abordaje de Tejera: su apreciación es de alcance dudoso. Lo observo porque, por un lado, habla de nuestra literatura, y, por el otro, la califica de 'indefinida' (no tienen carácter, asevera). En esa madeja no queda claro si hay o no existencia de tal. Todo lleva a pensar que para nuestro intelectual no basta la existencia de escritores, lo que importa son los temas cultivados, los que valora como necesarios y que he mencionado previamente. Siendo así, como los temas no les satisfacen, la derivación natural es que esa literatura no existe.

Y en esta idea de reflexionar sobre las letras nacionales que vemos en Tejera radica el otro elemento que invoca Pérez Bonalde. Aquí hay y no hay desencuentro: no es galimatías porque el poeta radicado en Nueva York quiere ir (forzosamente) en contra, no quiere coincidir con quien ha elegido como enemigo. Entonces, saca un argumento por arte de birlibirloque cuando también dice descreer de la existencia de literaturas nacionales en nuestro continente (y aquí pareciera, sólo pareciera, coincidir con aquel a quien cuestiona), por lo tanto no la hay en nuestro país. Al respecto es tajante: "nuestra civilizacion es la civilizacion europea, trasplantada á América por el mero hecho del descubrimiento y de la conquista". El soporte a esa valoración radica en lo que para él era certeza: "en la region de América que los descubridores y conquistadores denominaron Venezuela, no había civilizacion; sus habitantes vivían en estado de naturaleza". Sobre este último particular hace una concesión: "civilizacion incipiente la encontraron los españoles en Méjico y el Perú, por ejemplo, en donde sí existía un verdadero principio de civilizacion americana desde mucho ántes de la llegada de Cortés y los Pizarros"<sup>28</sup>. No cabe dudas de que esta última certeza de Pérez Bonalde habrá sorprendido a más de un lector, acostumbrado como estaba a aceptar que nuestra historia cultural nació con Europa. Eran las valoraciones del momento, no está de más recordar. Si alguien tiene dudas al respecto, sigamos leyendo a Pérez Bonalde:

Bueno es que todos los pueblos civilizados tengan, como la tienen muchos por consecuencia lógica de la naturaleza, lo que el señor Tejera llama Literatura Nacional, pero en el caso de esos pueblos no se encuentra el nuestro: ni Venezuela ni ninguna de las Repúblicas hispano-americanas han tenido ni tienen Literatura *Nacional*, en el sentido que da á esta palabra el autor de los *Perfiles*, por la sencilla razon de que nuestra Literatura, así como la de nuestros hermanos del continente, no es ni puede ser otra sino la Literatura Española, la Literatura de la madre patria de quien recibimos sangre, lengua, religion, costumbres, educacion, virtudes y defectos; la Literatura Española es la literatura de la lengua castellana, y esta es nuestra lengua nativa y nacional.

El reconocimiento de una estética propia de los pueblos originarios de América no deja de sorprender. Y sorprende por lo que apunté anteriormente: no era habitual este tipo de valoración. Pero también hay que señalar que

el acercamiento a ese universo cultural no era nuevo, había sido explorado por Andrés Bello y Juan María Gutiérrez varias décadas antes (en 1823) cuando publican en Londres su conocida revista *Biblioteca Americana*<sup>29</sup>. Sin embargo, esa argumentación que proponían los letrados residenciados en la capital británica no solían ser activados, sobre todo porque primaba la idea de una cultura nacional que era prolongación de la española.

Como no pierdo de vista que quiero seguir la argumentación de Juan Antonio Pérez Bonalde en su enfrentamiento con Felipe Tejera, estoy comprometida a mostrar el razonamiento adicional que el primero despliega para negar la existencia de una literatura nacional. Nos daremos cuenta de inmediato que, dentro de esta lógica, los libros de Pérez Coronado y de José María Rojas y, claro está, el de Tejera, no son demostración de la existencia de una literatura nuestra. En ese sentido, pensaba de esta manera: "Ahora, bajo el punto de vista de la expresion y del modo de ser íntimo de un pueblo, no constituye Literatura Nacional el conjunto de obras escritas por los hombres de letras de una nación". Pero no se atreve a asomar que por ese camino podría coincidir con Tejera. Más bien opta por completar el (forzado) argumento que pergeña.

Inmediatamente después de las líneas que hemos leído, y para justificar esa sentencia tan rotunda (no tenemos literatura nacional), este lector-crítico consigna un párrafo que, a mi entender, constituye uno de los primeros cuestionamientos al modelo de Estado nacional que se instauró a partir de 1830 en nuestro país. En realidad, no habla de fracaso sino, más bien, apunta a un proceso en fase de definición que, según su opinión, no ha madurado lo suficiente: todo es cuestión de tiempo. En todo caso, la argumentación que esgrime no puede leerse sino de la manera que estoy proponiendo. Para corroborarlo invito a familiarizarnos con las palabras de Pérez Bonalde:

Cuando se habla de Literatura Nacional, no se entiende por nacion, demarcacion geográfica ó entidad política, sino entidad espiritual. Diversos pueblos, por acuerdos políticos unidos, ó por desacuerdos del mismo carácter separados, constituyen en lo literario una sola nacion, si se constituyeron con los mismos elementos, estuvieron sujetos á iguales influencias, soportaron idénticos reveses, comulgaron en comunes glorias y tienen antecedentes semejantes; por lo que no puede haber en América Literaturas parciales, sino una sola Literatura Hispano-Americana.

De manera que a falta de esa "entidad espiritual" que constituye la nación y que está en fase formativa, según Pérez Bonalde, la propuesta que

asoma es otra. La instancia que nos define es el espacio continental, por eso sí acepta la existencia de una literatura hispanoamericana. A partir de lo dicho nos surge como pregunta natural la que busca entender por qué si no hay nación, sí hay un continente al que podemos decir que pertenecemos<sup>30</sup>. Y la respuesta es aquella a la que nuestro hombre quería llegar: porque todo el continente existe en tanto legado español. Sin España no seríamos y a ella debemos lo que lleguemos a ser. Existimos como herencia española. Y para que no quepa duda sobre lo dicho, remata esta parte de su encrespada lógica de esta manera: "Esa es hoy nuestra Literatura. Ni podemos, ni necesitamos cambiarla; nuestras son las glorias de España, y tuyas las nuestras". Pero no queda ahí el propósito didáctico de nuestro intelectual pues no duda de que en el futuro habrá naciones en esta parte de América y, cuando llegue ese

Mañana, cuando nuestras nacionalidades americanas se hayan definido más, y, como hemos ya dicho, se hayan condensado, consolidado y establecido con la sanción del tiempo y de la paz sus elementos y condiciones especiales; habrá una Literatura Hispano-Americana, unigénita muy amada de su gloriosa madre la Española.

En suma, que nuestro destino cultural está íntimamente vinculado con el español. Aún cuando consolidemos nuestras respectivas nacionalidades, no podremos pensarnos de una manera distinta a su propuesta: hijas de la madre Europea.

Sigo firme en la percepción que asomé: este argumento de Pérez Bonalde que niega las literaturas nacionales pero valida la literatura continental ("no puede haber en América Literaturas parciales, sino una sola Literatura Hispano-Americana") para, poco después, razonar que cuando se consoliden las nacionalidades americanas "habrá una Literatura Hispano-Americana" no tiene asidero lógico. Es discutir sólo con el propósito de llevar la contraria. Quiso dar forma a un análisis interpretativo de la realidad literaria nacional y continental, probablemente para restar emocionalidad a su lectura y cargarla de racionalidad. Sin embargo, no logra el objetivo.

Pero, vuelvo a una idea que asomé anteriormente: hubo letrados que sostuvieron el débito con España y los hubo quienes optaron por la posición contraria e, incluso, hasta denostaron de la antigua metrópoli. Al referirse a este fenómeno en el continente, José María Rojas lo caracterizó en estos términos:

Dos clases de hombres existen en América con tendencias y sentimientos diametralmente opuestos respecto de España: unos que abominan á la antigua metrópoli, motejan sus hombres y de su suerte y sus cosas se burlan; –otros, que se glorían de ser sus descendientes y de sus infortunios se compadecen (p. VII).

Hemos visto en qué grupo se afilió Juan Antonio Pérez Bonalde: existimos porque España nos legó la vida. Por su lado, también Felipe Tejera se apoya en un razonamiento ambiguo porque reconoce la existencia de letras (no sólo de literatura, debo insistir) nacionales pero, al mismo tiempo, les niega 'espíritu nacional'. Sin embargo, es necesario observar que no valoró esas letras por su filiación o no de España.

Páginas atrás apuntaba que esta polémica ha sido poco estudiada no obstante la proyección geográfica y, desde luego, teórica que tuvo. Sin ningún género de dudas, ha sido Julio Planchart quien dedicó mayor interés al tratar de penetrar en los vericuetos que permitan dar cuenta del panorama cultural de aquel momento. En realidad, dedicó buen número de páginas a resumir los argumentos planteados que es como decir a glosar los razonamientos, sobre todo los de Tejera y Pérez Bonalde. No tomó en cuenta los otros actores que he mencionado, probablemente porque desconocía el número de voces implicadas. Visto de esa manera, se volcó sobre todo a la parte que ha sido considerada la central de la polémica: la de Tejera, obviamente, y la de Pérez Bonalde. Al final de su abordaje concede varios párrafos a la intervención de Miguel Antonio Caro y, de pasada, menciona a Marco Antonio Saluzzo. Pero la verdad, no podía hacer más en un escrito que fue concebido (como el que leen en este momento) de corta extensión. No es novedad cuando aseguro que esta polémica demanda el estudio de cada uno de los puntos de vista, hecho que, desde luego, excedería cualquier modesto propósito.

En todo caso, Planchart aborda otro aspecto que no puedo ignorar y que es central en este momento. Hablo del desencuentro de Tejera con los planteamientos de la filosofía positiva. Sostiene el antiguo integrante del grupo "La Alborada"<sup>31</sup> que la discusión entablada al respecto entre los polemistas "iniciaba la larga controversia que debía establecerse luego entre libre-pensadores y escritores de pensamiento religioso, o estos y positivistas" (p. 330). Está en lo cierto. De hecho, hemos podido conocer de qué manera el valor religioso como baremo para juzgar las obras literarias fue la causa de algunos de los desencuentros que suscitó Tejera. Conocimos de qué manera reaccionó Pérez Bonalde sobre este particular.

Pero hay un elemento que ninguno de los polemistas advirtió y que estaba en la escena continental desde tiempo atrás, lo recordamos al remitir a *Biblioteca Americana*. Tímido al principio, en esta década comienza a asomar con mayor vigor, al punto de convertirse en materia de interés mucho más definida al iniciar el siglo XX. Aludo aquí al interés que comienza a manifestarse en relación con las culturas originarias de Venezuela. Sobre este particular, suele hablarse del desinterés de los intelectuales cuando se trató de abordar esas culturas; habrían sido indiferentes a ese universo cultural ante el cual mantendrían una fría distancia. En realidad, creo que no fue así. Pienso que hubo acercamientos (muy tímidos, es cierto, pero los hubo) que se expresaron de una manera que no solemos advertir. Esos contactos iniciales con las culturas indígenas se expresaron inicialmente en la escogencia de seudónimos para autorreferenciarse. En este sentido, Juan Vicente Camacho se identificó como Terepaima y su hermano Simón se valió de Sorocaima; Eloy Escobar era El Indio; José Ramón Yepes, Guairaratín. Este último escribió la primera novela de tema indígena en Venezuela, se llamó *Anaida*. Sobre esta pieza no ha habido quien dé con la fecha de la primera publicación. Por lo general se establece que apareció en 1872, cuando menos así lo establecen Osvaldo Larrazábal Henríquez y Gustavo Luis Carrera. En realidad, no consultaron la edición de 1882 de las obras de Yepes, pues de haberlo hecho se habrían apropiado del dato final de esta novela que me ocupa, el expresado en la coletilla: "Junio 29 de 1860"<sup>32</sup>.

Estos aportes que preciso no deben verse como una desviación del tema, los utilizo para mostrar que, antes de los positivistas hubo una mirada al ámbito cultural indígena de Venezuela que podríamos calificar de tímido o, tal vez, cuidadoso, pero que no se puede ocultar. Los sectores letrados no contaban con instrumental teórico provisto por la Historia o por la Antropología o por la Etnografía que les haya permitido mirar esas culturas como espacios culturales fundamentales en el proceso de consolidación de la literatura nacional. De manera que cuando Pérez Bonalde observa la carencia de un espíritu nacional, no está tomando en cuenta otros sujetos que contribuirían a darle forma a esa nacionalidad.

Pues bien, el cambio en la dirección de la nueva mirada por parte de esa élite intelectual es uno de los aportes del positivismo venezolano. Quiero decir con ello que la agenda divulgada inicialmente por Ernst y Villavicencio, caló en buena parte de la intelectualidad del país y, muy pronto, esa mirada tímida (o cautelosa, si se prefiere) tomó forma en una avanzada programática que, en esa década que nos ocupa, la de los 80, tomó forma en planteamientos concretos. En este sentido, no es para ignorar

que Arístides Rojas publica en 1881 la *Muestra de un ensayo de diccionario de vocablos indígenas*; elogiado con creces por José Martí en su publicación caraqueña<sup>33</sup>, cabe añadir. En diciembre de ese mismo año el periódico *El Monitor* da lugar en sus columnas a un texto de extensión significativa que titulaba "Antigüedades indígenas"<sup>34</sup>. Por su lado, Adolfo Ernst escogía las páginas de *El Zulia Ilustrado*<sup>35</sup>, para privilegiar el enfoque etnográfico en "El hayo de los guajiros"<sup>36</sup>. Era la marca de los nuevos tiempos, etapa en la cual se verían los estudios etnográficos, entre otros, de Julio César Salas y Samuel Darío Maldonado a comienzos del siglo XX. Pero, insisto, esta dinámica en los estudios venezolanos, ahora sí con privilegio de la temática indígena, no supieron verla los dos polemistas que me ocupan.

Una reflexión de los *Perfiles venezolanos* que también estuvo presente en la polémica de los años 70 tuvo que ver con dificultades no con estímulos. Sobre este particular, uno de los activos en aquel debate, Marco Antonio Silva Galdolphi, apuntaba en 1875 su parecer en relación con los obstáculos que había para consolidar la cultura nacional:

Sin embargo, no se muestra tal cual es esa literatura, porque carecemos de recursos materiales y hasta nos falta estímulo. Proporciónese mercado para sus obras a cada uno de nuestros poetas, filólogos, historiadores y filósofos, (que de todo tenemos) y mui en breve veríamos en la Biblioteca nacional millares de volúmenes<sup>37</sup>.

En la década siguiente, Tejera seguía viendo dificultades pero ampliaba la agenda de problemas a otras esferas. En el 'perfil' de Benito y Alfredo Esteller expuso severa opinión al respecto cuando asentaba:

Por desgracia está muy distante todavía de nosotros el tiempo feliz en que las Bellas Letras constituyan una verdadera profesión en Venezuela. En los estudios literarios hemos más bien retrogradado; y ni en la Universidad Central ni en lo principales Colegios de Caracas, se leen cursos de literatura (p. 409).

Quién habría de pronosticarle a Tejera que, con el paso de los años, sería él quien ocuparía la cátedra de Literatura Española, la que ejercería durante 25 años en la Universidad Central de Venezuela<sup>38</sup>. El recuerdo lo debemos a Crispín Ayala, a quien cita Fernando Paz Castillo en sus siempre recordadas *Reflexiones de atardecer* (T. I: 252).

No sólo se debió a la cátedra de Literatura, con el correr del tiempo los aportes de Felipe Tejera y sus *Perfiles venezolanos* han sido reivindicados

en varios sentidos. Ignorando las muchas críticas sobre el particular de Pérez Bonalde, Gonzalo Picón Febres ve en el volumen que nos ocupa "la elocuencia y la hermosura que son galas de sus páginas" (p. 88). Si bien no deja, una que otra vez, de señalar impropiedades poco llamativas.

En lo que concierne a quien escribe estas páginas, hay algunas particularidades de este autor y este volumen que quiero destacar. En este libro de Tejera no se advierte la presencia de textos latinos en las citas que elige; creo que fue una opción intencional la renuncia a ofrecer escritos volcados en esa lengua, pues significaba que abría su libro al consumo femenino. Recordemos que las escuelas y colegios para las féminas no tenían contemplado el estudio del latín. Como derivación del punto anterior, Tejera ofreció un aspecto en su libro que no fue contemplado por ningún otro protagonista de la polémica, pues en la página 428 se permitió recordar a las autoras que habían logrado mayor proyección nacional: Juana Zárrega de Pílon, Aureliana Rodríguez, Concepción Acevedo de Tailhardat (que apellida erróneamente Tallardat), Luisa Garcés e Isabel Freire; varias de estas autoras han sido prácticamente olvidadas en el presente. Ese aspecto, central para los lectores del presente, me lleva a aplaudir esos pocos renglones de los *Perfiles venezolanos*.

Anteriormente he hablado de otra polémica, esta se produjo en la década de los 90. A ella me he referido en un abordaje que realicé en 2000. En esa polémica se resuelve en forma decidida el antiguo desencuentro en relación con la existencia o no de la literatura nacional. Por vez primera, un cambio de puntos de vista como el que se dio en esa oportunidad se concretó en la publicación de un grueso volumen que llevó por título *Primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas artes* (1895). Claro está, tuvo autoría múltiple (VV.AA.) dada la circunstancia precisa que determinó su aparición. Ese volumen fue determinante para crear una conciencia que, ahora sí, mayoritariamente, avala la existencia de una literatura venezolana.

Aquella polémica surgió a partir de unas declaraciones de Julio Calcaño. La respuesta inmediata que se suscita surgió de los alumnos universitarios que había sido discípulos de Adolfo Ernst en la universidad. Contra la opinión de Calcaño, quien favorecía la tesis de un lazo indisoluble de nuestros discursos estéticos con la madre española, se levanta un coro de voces que piensa en contrario y que hablan de la existencia de una literatura venezolana con toda propiedad. Será la tesis que se impondrá en el futuro, con lo que quedaba sellado el desencuentro sobre el particular que venía corriendo a lo largo del siglo XIX. Pero, por añadidura, ese desencuentro de pareceres en los años 90 teje lazos con Tejera porque aquí, finalmente, hay un coro de voces femeninas que alcanza lugar destacado.

Quiero finalizar estas páginas con un llamado de atención de Fernando Paz Castillo. Cuando dedica atención a Felipe Tejera en sus conocidas *Reflexiones de atardecer* otorga lugar a este debate de 1882-1883 porque no podía ser de otra manera. Fue una sacudida en el medio intelectual venezolano que lo tuvo como protagonista central. En determinado momento hace este llamado de atención al hablar de su maestro universitario: "De él sólo quedarán pocos libros. Los *Perfiles Venezolanos*, la *Historia de Venezuela*.<sup>39</sup> Y la interesante polémica de que ya he hablado, si logra reproducirse toda" (p. 250).

## CONCLUSIONES

Debo confesar aquí que he dedicado muchos años a reunir los textos de esta polémica. Es atención al mandato que asumí por sugerencia de Paz Castillo. Todavía no he podido localizar algunos materiales: uno escrito por Alfa (que era el sinónimo de Guzmán Blanco), el que mencioné anteriormente de Ernesto Párraga y el de Pedro Arismendi Brito. Los otros están reunidos y compilados. Es trabajo de años, pero en algún momento lo concluiré.

En recorrido apresurado, hemos conocido esta polémica que transitó entre el insulto y la controversia. Hablo de insulto porque, en varios momentos, se acudió a este expediente del descrédito al oponente. De hecho, con el paso de los meses Juan Antonio Pérez Bonalde, uno de los más encendidos opositores a los *Perfiles venezolanos*, no resistió el impulso de la autojustificación, cuando habló de las particularidades de su personalidad, poco dada a la contención y a la mesura.

Y cuando he puesto a circular en el título la palabra 'controversia', me valgo del término como excusa para destacar algunos rasgos de esta polémica: no basta saber que la controversia es una discusión prolongada; interesa, sobre todo, destacar los rasgos particulares que definen, en este caso, ese desencuentro. En primer lugar, tuvo una permanencia prolongada, hecho poco frecuente en esos tiempos en los debates de orientación estética; en este punto coincidió con la polémica anterior, la de 1872 a 1875, que tuvo una duración similar. En segundo lugar, en buena medida no superó los supuestos que se hicieron evidente en los 70, pues según esos puntos de vista eran considerados dentro del campo de la literatura discursos de procedencia variada como podían ser la instrucción, la historia, la jurisprudencia, la política, la gramática y, claro está, la poesía, narrativa (cuento y novela)

y dramaturgia. En tercer lugar, estuvo esa urgencia de determinar si había o no débito cultural con España; estos razonamientos llaman la atención por cuanto en la Historia y la Antropología no estuvo la búsqueda de este tipo de definiciones. Por último, se ha visto que fue un cruce de opiniones que, como la de los 70, demanda un abordaje más puntual, imposible de agotar en escritos de corta extensión como el actual.

Para cerrar estas páginas quiero acotar que la polémica afectó profundamente a Felipe Tejera. Se llega a esta conclusión porque el proyecto original contemplaba la publicación de varios volúmenes. En la "Advertencia", el autor anunciaba cómo la había concebido: "Para la mejor ordenación del plan, hemos dividido la obra en tres partes. Titulamos la primera: Literatura; la segunda: Ciencia; y la tercera: Bellas Artes". No pasó del primer volumen.

## NOTAS

- 1 A lo largo de este ensayo, mantengo la ortografía y la puntuación originales.
- 2 Licenciada en Letras por la Universidad Central de Venezuela. Magíster en Literatura Latinoamericana y Candidata a Doctora en Letras por la Universidad Simón Bolívar. Investigadora jubilada del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos. Profesora invitada en varias Universidades del país. Premio único en ocasión del Centenario de *El Cojo Ilustrado*, conferido por la Academia Venezolana de la Lengua. Premio Internacional de Ensayo Mariano Picón Salas (2002). Premio Nacional del Libro, mención Literatura escrita por Mujeres (2006). Premio Nacional del Concurso de Ensayo Andrés Bello Nuestro (ediciones 2011 y 2013). Autora de una amplia obra recogida en libros, capítulos de libros y artículos académicos relacionados con historia de la cultura y de la literatura venezolana y temas afines.
- 3 M.A. Silva Gandolphi: "Controversia literaria. Literatura patria. IV". *Album del Hogar*, N° 5. Caracas, enero 30 de 1875.
- 4 Por su lado, Juan Piñango Ordonez, director de *La Tertulia*, manifestaba sobre el particular: "no se comprende ciertamente a primera vista por qué no tenemos aún literatura patria" (Tomo III, N° 5, diciembre 18 de 1874).
- 5 Me refiero a su *Manual de historia de Venezuela*, el que alcanzó cinco reediciones.
- 6 Felipe Tejera: "La expósita". En cuatro entregas se publicó en *La Tertulia*, Caracas, núms. 13, 14, 16 y 17 de 1875. Por cierto, en el "Prólogo" a *Perfiles venezolanos* que elaboró Pedro Díaz Seijas no menciona esta obra ficcional de Tejera.
- 7 Como es sabido, el 'privilegio' era la autorización que otorgaba el gobernador de la provincia donde residía el autor de determinada obra para la publicación

- de su escrito. Era el derecho de imprimir y vender el impreso. Por cierto, en la reedición de *Perfiles venezolanos* de 1973 no incluyen ese documento que resulta fundamental para determinar la precisión que me ocupa.
- 8 Al respecto puede verse mi exploración de 2005, en especial pgs. 70-76.
- 9 Veamos los datos editorial de la primera edición: Caracas, Imprenta Sanz, 1881.
- 10 *La Opinión Nacional*, N° 3.833. Caracas, lunes 3 de abril de 1882, p. 3.
- 11 "Perfiles venezolanos", por Z. *La Opinión Nacional*, N° 3.835. Caracas, sábado 8 de abril de 1882, p. 3.
- 12 *Diario de Avisos*, N° 2.589. Caracas, martes 11 de abril de 1882, p. 2. Sí añade una información que interesa destacar, por cuanto alude muy de pasada que el autor ha dado este libro "á la estampa en su establecimiento tipográfico". Significa, entonces, que como otros colegas del momento, Tejera también incursionó en ese campo. Tal vez en esa tipografía se imprimieron los retratos de cada autor biografiado en las páginas de los *Perfiles*...
- 13 *El Semanario*, N° 1. Caracas, junio 3 de 1882.
- 14 Este texto de J.L. Ramos se publicó en fecha tardía. Apareció por vez primera en *Revista Literaria*, N° 5. Caracas, 1865.
- 15 Hortensio era el seudónimo de José Güell y Mercader. Varias de las reseñas de éste se recogieron en dos volúmenes publicados en 1883.
- 16 No abunda en detalles sobre este periódico, tal vez se trate de *El Progresista*, de Boconó.
- 17 Este Paoli de Antímano queda identificado por Paz Castillo como Vicente Coronado (p. 256).
- 18 Sairí era la identidad literaria del guayanés Ismael Pereira Álvarez, intelectual conocido en aquel tiempo y, ahora, totalmente olvidado, al punto que no figura en ningún diccionario venezolano editado en los siglos XX y XXI.
- 19 Entre sus méritos intelectuales se cuenta el haber sido fundador de la Academia Venezolana de la Lengua y de la Academia Nacional de la Historia.
- 20 Lamentablemente no he podido ubicar este folleto en nuestros repositorios bibliográficos.
- 21 Carta de Juan Antonio Pérez Bonalde dirigida al "Señor Don Fausto Teodoro de Aldrey". *La Opinión Nacional*, N° 4.053. Caracas, miércoles 3 de enero de 1883.
- 22 Tampoco he logrado identificar quién se lo adjudicaba.
- 23 En efecto, Pérez Bonalde envió una larga réplica que se publicó en *La Opinión Nacional* en cuatro partes: 26, 28, 29 y 30 de agosto de 1882.
- 24 Por esa concepción ampliada del término literario, José María Rojas aseguró en la "Introducción" a su *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos* que *La Oliva* (1836), fue nuestra "primera revista literaria" (p. XV). A los ojos actuales, esa publicación debe ser definida como un impreso de alcance cultural, pues incluía discursos estéticos, instrucción pública, historia...

- 25 Las páginas de presentación (p. 3-11), unas reflexiones teóricas del autor que se desarrollan en tres páginas (82-84) y las conclusiones (p. 121-127) las he recogido en mi compilación de 2007. La cita, en Alcibiades, 2007: 251.
- 26 Domingo Santos Ramos. "Las 'Apreciaciones Literarias' del señor Julio Calcaño". *La Revista*, Vol. II, N° XVII. Caracas, febrero 8 de 1873, pp. 275-278.
- 27 La exploración de los principios estéticos que se auspiciaron en el periodo 1830-1869 y, en general, del movimiento estético-literario de esos años se encuentra en la "Presentación" a mi examen de 2007: vii-xlix.
- 28 Esta afirmación la complementa con esta otra: "En América tal vez no haya habido más que un ejemplo de Literatura local como la entiende el señor Tejera, y es el de la Literatura azteca y tezcucana en Méjico, de la cual fueron lumbreras brillantísimas el bardo profeta Quetzalcoatl, los poetas reyes Nezahualcoyotl y Nezahualpilli y el historiador Ixtlilxochitl, Literatura que se hundió para siempre con el imperio y las instituciones, para abrir paso á los conquistadores y á las gloriosas letras de Castilla" (28 de agosto: 1).
- 29 Esa acercamiento de los dos responsables de *Biblioteca Americana* (Bello y Gutiérrez) a nuestras culturales originales la exploro en mi propuesta de 2014.
- 30 A este respecto Julio Planchart asienta su punto de vista: "El poeta de 'Vuelta a la patria' no vio que las condiciones enumeradas si aun ellas determinan la unidad espiritual, no se realizaban en Hispano-América y que las naciones de nuestro Continente en lo literario poseen propiamente de común la lengua y en esta misma tiende a diversificarse naturalmente: y en cuanto al espíritu lo tienen diverso y con matices diferenciadores acentuados" (p, 329). Añado a lo anterior que tampoco toma en cuenta la producción en otras lenguas distintas al castellano, es decir, las numerosas lenguas indígenas de Hispanoamérica. Y las olvida Pérez Bonalde, precisamente él que recordó a los aztecas y a los incas en algún momento de su análisis.
- 31 Junto con Henrique Soubllette y Rómulo Gallegos son los primeros nombres que descollaron en este grupo.
- 32 Aludo a *Anaida*. En: *Novelas y estudios literarios de José Ramón Yépes*, pgs. 9-79. Y va a suceder que si alguien revisa la prensa de ese año encontrará que en *Correo de Occidente*, de Maracaibo, a partir del N° 58 (abril de 1860) se comienza a publicar esta novela de Yépes. Terminó la impresión por entregas el mes de mayo, lo que significa que no es de junio, como asienta la ed. que termino de citar en esta nota.
- 33 *Revista Venezolana*, Año I, N° 1. Caracas, julio 1° de 1881, p. 29.
- 34 *El Monitor*, Año I, N° 114. Caracas, diciembre de 1881, p. 2.
- 35 *El Zulia Ilustrado*. Año I, N° 8. Maracaibo, julio 31 de 1889): 63-64.
- 36 Acotaba Ernst que el hayo es una hoja que mascan los guajiros.
- 37 M.A. Silva Gandolphi: "Controversia literaria", *Album del Hogar*, Año I, N° 6. Caracas, febrero 6 de 1875.

- 38 Fernando Paz Castillo. *Reflexiones de atardecer*. p. 252.  
39 Alude al *Manual de historia de Venezuela* que he citado en páginas precedentes.

## FUENTES

- Alcibiades, Mirla: "En el centenario del *Primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas artes*". *Montalbán*, 33 (Caracas, 2000), pp.157-186.
- Alcibiades, Mirla: *Manuel Antonio Carreño*. Caracas, El Nacional-Banco del Caribe, 2005.
- Alcibiades, Mirla: *Ensayos y polémicas literarias venezolanas. 1830-1869*. Caracas, Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, 2007.
- Alcibiades, Mirla: *Andrés Bello, Juan María Gutiérrez y las culturas originarias del continente*. Caracas, Fundación Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, 2014.
- Caro, Miguel Antonio: "Tejera y sus censores". *Obras completas*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1921, T. III, 312-353.
- Díaz Seijas, Pedro: "Prólogo" a Felipe Tejera. *Perfiles venezolanos*. Caracas, Presidencia de la República (Fuentes para la Historia de la Literatura Venezolana, N° 5), 1973, 7-23.
- Güell y Mercader, José: *Literatura venezolana. Revistas bibliográficas expresamente escritas para La Opinión Nacional por Hortensio*. Caracas, Imprenta de "La Opinión Nacional", 1883, 2 Vols.
- Johnson, Ernest A., Jr.: *Juan A. Pérez Bonalde. Los años de formación 1846-1870*. Mérida-Venezuela, Universidad de los Andes, Facultad de Humanidades y Educación, Escuela de Letras, 1971.
- Larrazábal Henríquez, Osvaldo y Gustavo Luis Carrera: *Bibliografía integral de la novela venezolana (1842-1994)*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, Instituto de Investigaciones Literarias, Comisión de Estudios de Postgrado, 1998.
- Párraga, Ernesto: *Ojeada a los "Perfiles venezolanos" del señor Felipe Tejera*. Caracas, Imprenta Bolívar, 1882, 16 pgs.
- Paz Castillo, Fernando: "Felipe Tejera". En *Reflexiones de atardecer*. Caracas, Ministerio de Educación, Biblioteca Venezolana de Cultura, 1964, T. I: 244-261.
- Pérez Coronado, José Antonio: *Literatura patria. Consideraciones generales. Poetas y escritores nacionales. Su apostolado. Necesidad del estudio*. Caracas, Imprenta de los Estados Unidos de Venezuela de Félix E. Bigotte, 1864.
- Picón Febres, Gonzalo (1972). *La literatura venezolana en el siglo XIX*. Caracas: Presidencia de la República (Fuentes para la Historia de la Literatura Venezolana, N° 4), 1972..
- Planchart, Julio: "Felipe Tejera". *Temas críticos*. Caracas, Presidencia de la República (Fuentes para la Historia de la Literatura Venezolana, N° 3): 315-338.

- Rojas, José María: *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos*. Caracas, Concejo Municipal del Distrito Federal [1ª ed., 1875], 1975.
- Tejera, Felipe: *Manual de historia de Venezuela*. Para el uso de las escuelas y colegios. Caracas, Imprenta Federal, 1875.
- Tejera, Felipe: *Perfiles venezolanos*. Caracas, Presidencia de la República (Fuentes para la Historia de la Literatura Venezolana, N° 5). [1ª ed., Imp. Sanz, 1881], 1973.
- Villasana, Ángel Raúl: *Ensayo de un repertorio bibliográfico venezolano*. Caracas, Banco Central de Venezuela (Colección Cuatricentenario de Caracas), 1969-1970, 6 tomos, T. V: 425.
- VV.AA. *Primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas artes*. 2ª ed. Caracas, Concejo Municipal del Distrito Federal [1ª ed., 1895], 1974.
- Yepes, José Ramón: *Anaida*. En: *Novelas y estudios literarios de José Ramón Yépes*. Maracaibo, Imprenta Americana, 1882.

#### HEMEROGRAFÍA CITADA

- Álbum del Hogar* (Caracas), 1875.
- Correo de Occidente* (Maracaibo), 1860.
- Diario de Avisos* (Caracas), 1882.
- El Fonógrafo* (Maracaibo), 1882.
- El Monitor* (Caracas), 1881.
- El Zulia Ilustrado* (Maracaibo), 1889.
- La Opinión Nacional* (Caracas), 1882, 1883.
- La Revista* (Caracas), 1873.
- La Tertulia* (Caracas), 1875.
- Revista Literaria* (Caracas), 1865.
- Revista Venezolana* (Caracas), 1881.